

VIOLENCIA Y CONSENSO

LA anulación casi absoluta, o absoluta, de la violencia en los grandes cambios políticos europeos de estos días es un hecho sin duda trascendental, pero podría resultar engañosa si la considerásemos como una conquista definitiva, o universal. La caída de un régimen duro, con cincuenta años de existencia, en Portugal, no sólo sin sangre, sino con una considerable tendencia a la indulgencia por parte de los sustitutos del régimen y de los partidos políticos que fueron implacablemente perseguidos durante ese período, ha coincidido con unas elecciones decisivas para el porvenir de Francia y liquidadoras también de un régimen de quince años de duración, y ese país, que tiene una Historia turbulenta no sólo antigua, sino recentísima, ha producido su camino sin ninguna clase de presiones, de violencia, sin excesos por parte de los vencedores, ni alardes de despecho por los —digamos— menos vencedores. No ha habido violencia callejera en la «revolución de la derecha» en Alemania Federal, a pesar de la caída repentina y decepcionante del político que parecía tener mejor porvenir de Europa, Willy Brandt; ni los ha habido en la «revolución de la izquierda» que ha supuesto el referéndum sobre el divorcio en Italia, país también tradicionalmente violento y con una tensión social y política muy importantes.

LA conjunción de todo ello permite apreciar la existencia de un clima. Un clima es algo que puede variar. En esta metáfora política, el clima varía si no se le cuida atentamente, si no se le vigila y si la parte favorecida por la situación no rompe el consenso por el que ha llegado a esa situación implantando una violencia estructural. La existencia del consenso aparece aún en casos extremos, como el caso de Portugal, en el que la parte derrotada no ha intentado ninguna clase de resistencia, a pesar de que en los momentos iniciales podía tener algunos lógicos motivos para temer las peores represalias. No es suficiente explicación la de que la parte derrotada supiera que la resistencia era inútil: la Historia contemporánea está llena de ejemplos en los que resistencias inútiles, sabidas inútiles por sus resistentes —Hitler, Mussolini—, se han prolongado a costa de verdaderos ríos de sangre, aun de la llamada inocente (o, sobre todo, de la inocente). Se ha elogiado el grado de madurez del pueblo portugués, que ha tomado posesión de su país sin violencia, pero es necesario también elogiar el grado de madurez política de quienes de alguna manera han sabido advertir que las formas de poder que encarnaban habían perdido vigencia y que si en un tiempo histórico, desde su propio punto de vista —que, naturalmente, no hay por qué compartir—, podrían considerarse como eficaces para la nación, ya habían dejado de serlo. La idea de morir matando se ha revestido de un sentido mítico del honor que no tiene sentido: lo tuvo en un tiempo de enemigos implacables, en el que los vencedores incendiaban las poblaciones y pasaban a cuchillo a sus habitantes.

ESTA constatación del espíritu de no violencia de nuestra zona geográfica europea puede llevar a un cierto triunfalismo de raza y de civilización. La constatación de los tres grandes puntos de violencia que hay hoy en el mundo —Oriente árabe, Ulster, Indochina— no permite muchas ilusiones desde el punto de vista racista. Israel es un país dirigido por gentes de una cultura extraordinaria dentro del nivel europeo, apoyado y teledirigido por intelectuales de Europa y Estados Unidos, y, sin embargo, ejerce una presión de violencia inaudita sobre sus vecinos árabes; los bombardeos de represalia por la incursión palestina en su territorio y la matanza provocada por su propia intransigencia —sin que ello suponga indulgencia o justificación directa a la matanza de escolares, y ello debe quedar claro—, son un acto de violencia superior; la decisión de que todo el país esté militarizado y de que la adquisición y uso de armas sea libre, es una torpeza moral que podrá justificar en lo sucesivo cualquier ataque a unas poblaciones que han dejado así de ser civiles. El Ulster es una región de estatuto especial dentro de la civilizada Gran Bretaña, y los que combaten entre sí hasta el punto de guerra civil son dos ramas de la civilización, la cultura, la religión cristiana, basada en la caridad y en el respeto a la vida humana. En Indochina, los sucesos sangrientos son consecuencia de la acción de dos civilizaciones occidentales, la francesa, ya retirada, y la de Estados Unidos, simplemente disfrazada. Occidente (y no ahora en el sentido divisorio político de ideologías, sino en el histórico) tiene una larga lista de violencias y agresiones, pasadas y presentes. Y aun dentro de los actos de violencia aislada que se realizan en Europa —secuestros, bombas— casi siempre se encuentra que sus perpetradores son universitarios o tienen motivos para estar incluidos dentro de las normas más comúnmente admitidas como civilizadas.

EL consenso actual en esta zona geográfica parte de otros equilibrios. Probablemente de un nivel de vida, que aun en los casos de mayor deterioro —como el de Portugal— está aún por encima de los del mundo subdesarrollado. Probablemente, también, de una especie de pacto invisible, de un pacto social. Procedería de la idea lentamente adquirida de que las situaciones políticas nunca son definitivas, sino circunstanciales, lo cual contrasta notablemente con las grandes ideas de lo absoluto que se tenían en el siglo XIX y fueron a tomar forma en el XX, hasta su mitad. Se ha visto desmoronarse grandes imperios que tenían toda la fuerza en sus manos; se ha visto cómo la crisis de sociedad y de convivencia, además de la crisis mundial, podía alcanzar a países como los Estados Unidos, que aún sigue siendo el más poderoso del mundo en armas, en técnica y en dinero. Cualquier estudio de la Historia, como el de Toynbee o incluso el de Spengler, nos había mostrado ya que no hay formas definitivas y que los grandes imperios tienen casi el ciclo biológico —nacimiento, desarrollo, reproducción y muerte—, a lo que se dio una especie de determinismo. Se ha aprendido ahora que ese determinismo es una especie de dinámica de vida que los poderes, por fuertes que sean, ya no pueden controlar, y este descontrol es uniformemente acelerado. Hay una interacción de elementos continua que distancia de manera creciente la vida fluctuante de un país y el punto fijo del sistema que la gobierna. Incluso los regímenes considerados como benefactores en un momento histórico determinado, por el mismo hecho



Se ha elogiado el grado de madurez del pueblo portugués que ha tomado posesión de su país sin violencia; no-violencia perfectamente simbolizada por los clavos que los soldados colocaron en la punta de sus fusiles.



Aspecto de una calle de Dublín después de los recientes atentados terroristas en los que resultaron muertas veinte personas y cien sufrieron heridas.

de su acción, varían el contexto sobre el que ejercen su poder, y si no cambian, si no varían rápidamente —y, repitámoslo, la acumulación de efectos en la dinámica de vida requiere cada vez más rapidez en las variaciones—, se convierten en arcaicos. Probablemente Adam Smith fue el primero en intuir esta mutabilidad y la necesidad de que los poderes gobernasen no con arreglo a unas doctrinas fijas, sino a unas circunstancias (lo cual no tiene nada que ver con los supuestos del crepúsculo de las ideologías: la ideología es una manera general de entender el mundo y la estancia del hombre en él, de la cual se desprenden las normas de aplicación, que son las cambiantes: las únicas ideologías que entran en crepúsculo son las que tienden a considerarse como providenciales inmanentes y definitivas; es decir, las ideologías de negación de las ideologías). Adquirida la idea de que la infalibilidad no existe y de que el sistema de gobierno válido hoy puede ser incoherente mañana, cierta forma de pacto social es posible. Forma ya parte incluso de una defensa propia del político, además de tener un sentido del bien del país o de la comunidad.

EN este aspecto del consenso y del pacto, uno de los más importantes ejemplos que nos han ofrecido estos días fecundos es el de la visita de Mitterrand al Presidente Interino de la República Francesa, Alain Pöher —precisamente a Pöher, casi en vísperas de la toma de posesión de Giscard, para que un intermediario pueda representar el papel de mediador—, para solicitar un estatuto de la oposición. En principio, podría parecer una repetición del sistema británico de «shadow cabinet», ahondando, en un camino que sería también britanizado, el de la división general del país entre unos conservadores, que ahora están representados por Giscard, y unos laboristas, representados por la coalición que preside Mitterrand. Por las informaciones que se han dado, parece algo más moderno y más adecuado a las situaciones nuevas. Mitterrand explica que muchas de las situaciones de violencia, de huelgas, de desórdenes sociales, incluso de estados revolucionarios, como el de mayo de 1968, se deben al desprecio y al aislamiento de la oposición por parte del régimen imperante, y en un sentido doble. Es decir: la oposición no ha estado informada de las razones del poder para actuar en un determinado sentido, no ha podido saber si realmente iban en bien del país o no, si eran profundamente o dolorosamente necesarias. No le han bastado los argumentos públicos del poder, porque éste se ha presentado siempre revestido por la propaganda, por la conservación de su puesto o simplemente por la fidelidad a una ideología de puntos fijos de referencia —De Gaulle fue, en este aspecto, absoluto—; por lo tanto, ha entablado o podido entablar acciones de respuesta que objetivamente podrían no ser justas o adecuadas, pero subjetivamente lo eran por el silencio del poder y porque la oposición estaba arrojada al margen. Por su parte, en el otro sentido, el Gobierno, aislado en sus

doctrinas y en su camino único, no recogía de la oposición las nociones claras del contexto político del país. La oposición actuaba por el simple sistema de negativa a todo lo que emanaba del poder, por el simple hecho de estar relegado por este mismo poder, y, por lo tanto, el Gobierno no podía recoger enseñanzas u opiniones válidas para su acción.

LO que propone Mitterrand no es una coalición entre fuerzas opuestas. Generalmente se anulan (caso de Italia) y son poco fecundas. Propone que la oposición sea escuchada y respetada: no sólo en la Asamblea, no sólo por sus medios de expresión propios, sino en consultas frecuentes, en reuniones privadas, incluso en la comunicación de datos de la realidad interior y exterior del país considerados secretos, de los que el jefe de la oposición y sus consejeros no harían uso para combatir al Gobierno, ni los harían públicos, pero sí podrían hacer que su acción fuese constructiva, y que el Gobierno del país estuviese, de alguna forma, compartido.

ESTA fórmula es de gran interés, sobre todo en las circunstancias actuales de esta zona geográfica. Es un refuerzo de la democracia, un apuntalamiento en un tiempo en que sus instituciones han sido desgastadas por abusos de poder, por torsiones semánticas, por juegos turbios. En realidad, bastaría con un juego limpio electoral, con una Asamblea libre y unos medios de comunicación no tergiversados; la fórmula de Mitterrand sustituye lo perdido o parvertido y abre caminos posibles para la evitación de la violencia en las relaciones políticas y para el establecimiento del consenso nacional en grados superiores a los que acabamos de ver en los ejemplos citados. No sólo para situaciones límite, sino para la vida diaria.

NATURALMENTE, esta fórmula no es viable para grupos que no han admitido el destroz de sus puntos fijos de referencia política y que lo que tienen es una acumulación de fuerza, bien por un apoyo armado —como las protestas del Ulster—, bien por situaciones equívocas dentro del poder, como grupúsculos excedentes, que les permitan utilizar numerosos canales de acción, de expresión, de administración o de burocracia. Los protestantes del Ulster no vacilan en acudir a la guerra civil para la perpetuación de un dominio que es ya arcaico: se exceden en la violencia estructural sobre los católicos, de situación inferiorizada por razones históricas, y éstos responden con el terrorismo. El ciclo de la violencia se ha soltado, y en ese clima no es fácil hablar de consenso.

ESTE clima actual es fruto de unas condiciones de vida actuales; permanecerá mientras esas condiciones de vida se mantengan. Y mientras se vigile, se cuida y se tenga la noción de que puede romperse; aislando, por tanto, a los que son capaces de romperlo. ■